



La guerra «civil» de don Miguel de Unamuno

Don Miguel de Unamuno se pasó la vida entera en guerra contra todo y contra todos -también contra sí mismo, para no hacer ninguna excepción- con la sana intención de no dejar en paz a nadie. Combatió contra la monarquía, contra la dictadura, contra la dictablanda, a favor y en contra de la república, contra esto y aquello... y finalmente, cuando llegó la guerra «incivil», contra los unos y los otros.

Como todos los pensadores conscientes de que el lenguaje es la casa del ser y el hombre su guardián, don Miguel hablaba y escribía para filósofos. Pero desgraciadamente, en la España de entonces, los amigos del lógos eran más bien pocos. De ahí que muchos de sus coetáneos se tomaran tan a mal su enrevesado discurso sobre la «guerra civil» y su paradójica actitud ante ella. Si a sus habituales requiebros filológicos añadimos que en política él no era «diestro ni zurdo, sino maniegos» («alterutral», dirá otras veces), no resulta difícil colegir que estaba destinado a ser un incomprendido de por vida y aun después de muerto.

La primera experiencia que Unamuno tuvo de la guerra civil fue la de la carlistada. De ahí que su inicial actitud ante ella sea un tanto decimonónica y romántica. Don Miguel se pasó mucho tiempo añorando, incluso deseando ardientemente la llegada de la guerra «civil»: «España está muy necesitada de una nueva guerra civil, pero civil de veras, no con armas de fuego ni de filo, sino con armas de ardiente palabra, que es la espada del espíritu», decía ya en 1903. «Por no luchar cada uno consigo mismo y como Jacob con Dios preguntándole su nombre, luchamos unos con otros» (1911).

Pero la guerra «civil» que don Miguel añora y desea es la guerra del lógos contra la estolidez, de la palabra creativa contra la atonía anodina, del sentimiento arraigado contra la mera sensiblería, de lo nuevo y sabroso contra la costumbre rancia, y también -cómo no- del cristianismo evangélico y evangelizador contra el catolicismo acomodado y ramplón. Quizá fuera la misma

guerra que emprendió el carpintero de Nazaret casi dos milenios antes: «No he venido a traer paz, sino espada. He venido a enfrentar al hombre con su padre, a la hija con su madre, a la nuera con su suegra, y enemigos de cada cual serán los que conviven con él» (Mt 10,34-36).

Naturalmente, don Miguel no quiere hacer apología de la guerra. Al contrario, considera que la guerra civil debe ser el estado normal. Esa guerra «civil» (o debate ideológico entre paisanos) le parece necesaria para evitar la guerra «incivil» (militar). Es decir: cuando fracasan las cabezas, gobiernan las botas, que diría don Antonio Machado. La guerra «civil» es dialógica; la «incivil» es alógica, es el fracaso de la palabra, del diálogo, y las armas son las garras y las artimañas de ese fracaso. Por eso, cuando llegó la guerra civil en julio de 1936, no tardó en referirse a aquella salvajada con el calificativo de «incivil». En principio, don Miguel no vio con malos ojos la sublevación del 17 de julio. La república le había decepcionado, como a tantos otros componentes de la masa encefálica (intelectuales, catedráticos, institucionistas) que tanto habían contribuido al advenimiento de la misma; la Constitución de 1931, que a Unamuno le parecía «de papel y de bolsillo», para Ortega era una «Constitución sin pies ni cabeza, ni el resto de materia orgánica que suele haber entre pies y cabeza».

Don Miguel vivió tranquilo los primeros momentos del alzamiento, dejándose ver sentado con afectada cachaza en la Plaza Mayor, en la terraza del Novelty, creyendo quizá que aquella militarada quería rectificar, pero no destruir la república, como aseguraban en sus primeras declaraciones algunos de los primates de la misma. Incluso empezó a colaborar con los sublevados: a pesar de su declarado antimilitarismo, aceptó formar parte como concejal del nuevo Ayuntamiento salmantino presidido por un militar. Azaña había firmado un decreto en septiembre de 1934 por el que se le nombraba rector vitalicio de la Universidad de

Salamanca, pero cuando el gobierno republicano vio que el rector colaboraba abiertamente con los rebeldes lo derogó en agosto de 1936. En septiembre, los sublevados le volvieron a poner en su sitio. Incluso formó parte de la comisión depuradora de maestros y profesores, con lo que don Miguel, enemigo acérrimo de la censura, se convirtió en principal agente depurador de todos los centros docentes del distrito universitario de Salamanca. Luego vino el célebre desencuentro con Millán Astray el día de la raza en el paraninfo de la Universidad. Parece ser que el grito necrófilo e insensato de «viva la muerte!» tuvo la culpa. Unamuno sabía ya lo que los sublevados habían hecho con el alcalde republicano de la ciudad, Casto Prieto, y con el diputado socialista José Andrés Manso, entre otros; sus amigos Filiberto Villalobos, exministro de Instrucción Pública, y Atilano Coco, pastor anglicano, estaban en la cárcel; y esto en una ciudad donde la sublevación prácticamente no había encontrado resistencia ninguna. Las lágrimas de tanto huérfano y las cartas que le habían escrito viudas de hecho o in pectore pidiendo su intercesión le habían revuelto las tripas y abierto los ojos. Fue precisamente la carta de una viuda entonces todavía virtual -la mujer del pastor Coco- la que don Miguel sacó del bolsillo de su chaqueta aquel día para tomar apuntes sobre ella. El rector vitalicio ya no pudo más y estalló: «El general Millán Astray es un mutilado... En España hay actualmente demasiados mutilados. Y, si Dios no nos ayuda, pronto habrá muchísimos más. Me atormenta el pensar que el general Millán Astray pueda dictar las normas de la psicología de la masa. Un mutilado que carezca de la grandeza espiritual de Cervantes, es de esperar que encuentre un terrible alivio viendo cómo se multiplican los mutilados a su alrededor. El general quisiera crear una España nueva según su propia imagen. Y por ello desearía una España mutilada... Vencer no es convencer, y conquistar no es convertir; hay que convencer, sobre todo, y no puede con-

vencer el odio que no deja lugar para la compasión».

Después de este suicidio político, otra vez es desposeído de sus cargos en la Universidad y en el Ayuntamiento; queda en arresto domiciliario con vigilancia a la puerta, que le seguía a distancia en sus ya escasos y cortos desplazamientos; son días de muy amarga soledad -estaba viudo desde 1934- hasta que el último día del año le sobreviene la muerte física sentado a su mesa camilla, con las pantuflas medio abrasadas por el socorrido brasero y un libro entre manos escrito a grandes brochazos: «El resentimiento trágico de la vida». Don Antonio Machado dirá que murió repentinamente, como el que muere en la guerra. ¿Contra quién? Quizá contra sí mismo. «Mientras yo viva no faltará guerra civil en un rincón de la España espiritual... en mi conciencia», había dicho él.

En 1938, apenas dos años después de su muerte, el obispo de Salamanca le acusará de hereje en su pastoral «Los delitos del pensamiento y los falsos intelectuales». En 1953 será el obispo de Canarias el que arremeta contra él en la pastoral «D. Miguel de Unamuno, hereje máximo y maestro de herejes». La socarrina inquisitorial no paró hasta que en 1957 la Sagrada Congregación del Santo Oficio quiso quemar también dos de sus obras incluyéndolas en el Índice de libros expurgados: «Del sentimiento trágico de la vida» y «La agonía del cristianismo». En el fondo, aunque fuera un agitador de conciencias esencialmente paradójico y hablara y escribiera para filósofos, a don Miguel le termina entendiendo cualquiera que tenga un poco de buena voluntad. Basta con buscar en el diccionario de la RAE la palabra «civil» e imbuirse de sus dos primeras acepciones. Lo que don Miguel quería de los españoles -de entonces y de hoy- es que seamos un poco más belicosos en la paz y algo más pacíficos en la guerra. Este podría ser su lema: Guerra en la paz; pero en la guerra, en la guerra... Paz, como en el título de su primera novela.